

Mientras esto llegue a ocurrir, el aislamiento que denunciaban las citas de Paul Auster y de la película de Cukor sigue siendo, efectivamente, el enemigo por antonomasia de las bibliotecas. Por eso cualquier asociación, como la nuestra, que quiera hacer algo por las bibliotecas debe empezar por luchar con todos los medios a su alcance contra el aislamiento profesional, un peligro acuciante cuando nos vemos obligados, como ocurre a menudo, a trabajar solos; contra el aislamiento institucional, impidiendo que las autoridades se desentiendan de servicios que erróneamente consideran más como un lujo que como una necesidad; y, sobre todo, contra el aislamiento social. Una biblioteca puede estar insuficientemente dotada, mal organizada, no disponer de un espacio lo bastante grande o no estar abierta un tiempo lo bastante largo para atender al público debidamente: mientras los usuarios sigan acudiendo a ella estará viva. Por el contrario, una biblioteca que reúna las mejores condiciones en cuanto a fondos, organización, locales y personal, pero a la que la gente, por la razón que sea, le ha vuelto la espalda, no hará otra cosa que languidecer en el olvido.

A. P.



El bibliotecario y los valores

Luis PUENTE LANZAROTE *

QUERIDO colega: de tu comprensión espero que me permitas aprovechar la ocasión para hacer un ejercicio algo más personal que la mera presentación de nuestra asociación *bibliotecaria* y de éste su boletín que ante tus ojos nace. Estoy seguro de que habrás encontrado ya o encontrarás una presentación sobradamente elocuente, sea en las notas de mis dos compañeros, Jesús Arana y Juana Iturralde, sea en las actividades públicas que la todavía joven-císima asociación ya ha realizado, sea, en fin, en tu lectura del resto de esta primera entrega de TK. El tono de las líneas que siguen podría hacerte pensar en una arenga, y si es así te pido disculpas. Sólo son el resultado de una meditación, bastante alejada de lo estrictamente biblioteconómico, sobre cómo creo yo que debemos ser los bibliotecarios en una época como la que nos ha tocado vivir. Como sabes, en lo que se refiere a nuestra profesión, estos años han visto nacer los estudios de Biblioteconomía y Documentación en muchas universidades españolas. La mayoría de nosotros no posee ese título y, probablemente, no llegue a tenerlo nunca. Sin embargo, creo que es mucho lo que podemos hacer por el mundo bibliotecario si, además de procurarnos una buena formación técnica —lo que tantas veces supone vencer grandes dificultades, que espero que las asociaciones profesionales remuevan parcialmente—, nos molestamos en estar al día, en lo posible, en las más diversas cuestiones no técnicas que pueden hacer que

* Biblioteca de la Universidad Pública de Navarra.

nuestro trabajo, más allá de la corrección, adquiera verdadera calidad bibliotecaria. Debo decir que me parecería una presunción suponer que unos modestos bibliotecarios de una pequeña asociación como la nuestra vayan a hacer contribuciones teóricas valiosas y originales al saber biblioteconómico. Para mí, nuestra verdadera aportación ha de basarse en la reflexión personal y colectiva para la que encontraremos material teórico en las publicaciones especializadas, y material práctico en el trabajo cotidiano. Creo que mi reflexión sobre los *valores* —pues de esto se trata— que entiendo deben acompañar al bibliotecario puede resumirse en los siguientes emparejamientos aparentemente antitéticos.

1. Seamos clásicos/seamos modernos. No tengamos miedo a la tecnología, pero, sobre todo, a la ciencia, que es pensamiento y cultura en grado tan alto como cualquier otro saber, aunque a veces lo olvidemos. Aprendiendo de las ciencias, tratemos de atraer a nuestra profesión a los científicos. Pero tampoco pretendamos que la biblioteca sea el *dernier cri* mientras a nosotros nos falte una formación *clásica* tanto en biblioteconomía como en otros saberes: sin bases sólidas, todo edificio se derrumba. Y ¿qué es clásico? Pues todo lo que merece permanencia, todo lo que sigue viéndose cuando el humo de los fuegos artificiales se ha desvanecido.

2. Seamos universales/seamos particulares. Aprendamos idiomas, que son los vehículos por los que los autores se expresan en sus documentos. Tratemos de superar la extendida maldición de nuestro analfabetismo en lenguas. Adoptemos una mirada universal ante una sociedad de la información que es universal. Pero no olvidemos que esa mirada se ejerce desde un punto de vista, y que éste es local. No nos permitamos el desastre de la aculturación, más bien tratemos de aportar al todo lo que de particular tengamos.

3. Seamos intolerantes/seamos respetuosos. Cada vez que oigo la palabra tolerancia, me hace suponer que el que la usa se siente superior. Si no, ¿por qué dice tolerar a los negros, a los homosexuales o a los anarquistas? Creo que es un error tolerar la diferencia, es un concepto hecho para que los feligreses de una religión mayoritaria perdonen la vida de los de las minoritarias. Como lugar abierto a todos, creo que el trabajador de la biblioteca debe ser una persona respetuosa, pero en modo alguno tolerante.

4. Sirvamos documentos/creemos documentos. No nos conformemos con lo que a la biblioteca llega por los cauces ordinarios. Hay bibliotecas, sobre todo en las pequeñas poblaciones, que, con algo de esfuerzo y colaboración y con muy poco dinero, podrían registrar ciertos conocimientos que, de otro modo, desaparecerán para siempre con la muerte de las personas que los portan en sus cabezas. Un escritor de Mali ha dicho: “en África, cada anciano que muere es una biblioteca que arde”. También en Navarra, en los lugares pequeños, es fácil conocer personas que guardan en su memoria cosas muy valiosas que dentro de nada se extinguirán: podrían grabarse entrevistas a, por ejemplo, las personas que hablan un vascuence local, los curanderos, los que hacen faenas tradicionales (artesanales o agropecuarias), los mayores en general, los testigos y actores de acontecimientos históricos (el primer ejemplo es la República y la Guerra Civil), los contrabandistas, los *eruditos locales* (aunque mejor sería facilitarles la publicación de sus escritos). Desgraciadamente, en las poblaciones grandes se acrecienta la dificultad de obtener noticia de esas personas, y además su desconocimiento del bibliotecario aumenta la desconfianza y las dificultades.

5. **Seamos gratuitos/seamos valiosos.** Todo el mundo sabe que el uso de los servicios bibliotecarios es gratuito, cuando menos el de los financiados por entidades públicas. Esto hace que muchas veces no se les conceda el *valor* que tienen porque no se les ha fijado un *precio*. Actualmente, el pago por los servicios es uno de los temas de moda en las bibliotecas. Es un asunto a discutir, pero muchos estamos seguros de que, hoy por hoy, las bibliotecas deben dar sus servicios gratuitamente. El peligro es que eso nos haga hacer nuestro trabajo de cualquier manera y de que, por tanto, el usuario considere que hacemos un trabajo sin verdadero valor. Hagamos trabajos valiosos y procuremos que el usuario se dé cuenta de ello, y, si es posible, de los costes que representa.

Bien, puede que no sea una presentación de la Asociación Navarra de Bibliotecarios de 1996. Pero, si nos damos cuenta de nuestras carencias como bibliotecarios, puede que sea la presentación de la Asociación dentro de unos pocos años.

L. P. L.



10

Representantes de la Asociación Navarra de Bibliotecarios-Nafarroako Liburuzainen Elkarteak haciendo entrega a Lola Eguren, presidenta del Parlamento de Navarra, de varios ejemplares del cuento *El viejo tranvía*. El acto se enmarcaba en una serie de actividades llevadas a cabo por la Asociación durante el mes de abril con motivo de su presentación en sociedad. La celebración de un foro técnico para debatir sobre la futura Biblioteca General el día 17 de abril, la conferencia del escritor Jesús Ferrero el 19 de abril y la comparecencia de cuatro portavoces de la Asociación ante la Comisión de Educación y Cultura del Parlamento de Navarra el 7 de mayo son actos que cabe situar en ese mismo contexto.